

## **PREMIO ARJONA DE RELATO BREVE**

**( ACCESIT )**

**GANADORA: ANA MARÍA GARCÍA GARCÍA**

**TÍTULO: COMO UNA POMPA DE JABON**

Apenas se acaba de acomodar en la última butaca del vagón cuando el tren se pone en marcha. ¡Por qué poco! ¡Un minuto más tarde y se habría quedado en el andén! La sola posibilidad le produce escalofríos, así que procura no pensar. Su respiración continua agitada durante unos segundos más hasta que los grises edificios inician una alocada carrera hacia atrás en su ventanilla y tiene que fijar la mirada en el horizonte para evitar marearse.

Poco a poco Selene recupera el aliento y su respiración se va acompasando al leve traqueteo. En sus sueños era más ruidoso, más incomodo, casi estrepitoso. Y, sin embargo, se moría por viajar en tren. Nunca antes lo había hecho. Lo cierto es que ha viajado poco. Muy poco. De niña siempre se imaginó como una gran aventurera, una cosmopolita trotamundos empujando una maleta perenne por los andenes y los aeropuertos de toda Europa.

Sin embargo, nunca ha subido a un avión, ni a un barco y esta es su primera vez en tren. No contaba con esa sensación agradable, pero... le gusta. Tiene algo de romántico y de legendario. Además, le da seguridad: siempre sabes qué esperar de un tren, sabes hacia dónde te conducen sus vías y que caminos se cruzarán en tu ruta. No siempre sucede esto en la vida. A veces el destino te lleva a una estación que no esperabas y hacia la que nunca debiste embarcar.

Eso fue lo que sucedió a Selene el día que se subió en aquel maldito autobús con un billete solo de ida rumbo a la gran ciudad. Creía conocer su destino, pero ¡que equivocada estaba! Eso había sido... ¿cinco años antes?, ¿seis? ¡El tiempo pasa tan deprisa! Especialmente en las ciudades. En el campo todo es distinto.

Selene comienza a ver los primeros árboles desfilan por la ventanilla y alegrar con sus tonos cobrizos la oscura tarde otoñal. ¿Habrán cosechado ya el trigo? Todavía recuerda como le gusta contemplar el oleaje dorado de las espigas flamear ondulante a la luz del crepúsculo en la colina que había detrás de su casa. ¿Seguirá allí la vieja encina?

La evocación de esas memorias de la infancia, tan lejanas ya, zarandea sus entrañas con una sacudida repentina que la sorprende. Habitualmente evita recordar el pasado para esquivar el dolor, pero esta vez el latigazo de amargura la pilla desprevenida. Su corazón comienza a saltar con fuerza en su pecho y sus manos sudan profusamente. Abre la boca en un pequeño jadeo que espera que pase desapercibido para los demás pasajeros y recita aquellos veros del poeta que doña María Luisa se empeñaba en enseñarles en la escuela y que tanto la ayudan a relajarse: “Todo pasa y todo queda,/pero lo nuestro es pasar,/pasar haciendo caminos ,/caminos sobre la mar...”. Cuando llega el décimo verso de Machado se concentra en él: “como pompas de jabón, como pompas de jabón, como pompas de jabón”. Así es como quiere sentirse, ingravida y sutil como una pompa de jabón.

Al final, la ansiedad acaba cediendo y deja en su lugar un reguero de nervios alborotados. Todavía algo inquieta, Selene se ve capaz de abrir los ojos y enfrentarse a su imagen reflejada en la ventanilla. Su cuerpo esbelto cimbreante esta algo desmejorado, sin duda. La ligera cojera de la pierna derecha tampoco ayuda a conservar una imagen juvenil. Y su piel de porcelana aparece ahora surcada por arrugas. Líneas de expresión como dices su amiga Maia. ¡Tan linda y tan buena! ¡Pobre Maia! Esperaba sinceramente que le vaya bien a pesar de su ausencia. Siente una punzada de culpabilidad y vuelve atrás un momento, a la ingravidez de la pompa de jabón para recuperar la paz.

Pero esa tarde no hay paz posible en el vagón que la lleva de vuelta a casa. ¡De vuelta a casa! No ha querido ni soñar con esa posibilidad en los últimos años y ahora que se está haciendo realidad está muerta de de miedo. ¿Qué le dirán sus padres? ¿La perdonaran? No será fácil para ellos. Es un pueblo muy pequeño, en el que siempre hay vecinas que murmuran más de la cuenta.

Pero ella sobrevivirá a todas las habladurías. Lo soportará todo. Aunque la miren con pena. No le importa. Dirán “Mírala, ha vuelto. La que se creía mejor que las demás, la que iba a ser modelo, actriz... Se ha tragado su soberbia y ha vuelto”. Era cierto, no se equivocaban. Se lo había tenido que tragar todo, en carne viva.

Todas las mentiras, todas las decepciones, todos los desengaños .Sin embargo, nadie la avisó entonces. Cuando aquel fotógrafo de renombre llegó al pueblo buscando paisajes entrañables y se prendó de ella, todos la animaron, orgullosos, a buscar su destino más allá de la colina de triguales. El que no arriesga no gana, decían aquellos que nunca habían dado un paso en falso. La única que la previno fue la maestra, la odiada y denostada doña María Luisa, la de las poesías. Ella le advirtió de que no se dejara engañar por cantos de sirena. “¿Sirenas? Chifladuras de una vieja maestra, amargada y envidiosa”, concluyeron todos-

Pero esos mismos que se dejaron llevar por el entusiasmo de contar entre los vecinos del pueblo con una celebridad no le perdonarán errores. Selene sabe que la rechazarán, que no la querrán a su lado, pero que con el tiempo tendrán que resignarse a tenerla cerca, se acostumbrarán a tolerarla. Es consciente desde hace tiempo de que no suele gustarle a la gente; les produce aversión. Por eso procura volverse invisible, pasar desapercibida, normalmente apartada en algún rincón. Le resulta incluso cómodo. Desde la aislada butaca de la última fila del vagón, observa sin ser observada. Siempre le ha gustado imaginar otras vidas.

Al principio del vagón un adolescente con barbita incipiente y auriculares prácticamente imperceptibles mueve la cabeza al ritmo de una música que solo escucha él. Seguramente ha quedado con sus amigos para discutir cómo formar una banda con la que ensayar hasta desgañitarse en el garaje de uno de ellos. En el asiento de detrás un hombre de pelo oscuro y enmarañado se gira continuamente hacia un lado y hacia otro, como buscando a alguien. Desde su posición Selene no puede verle bien el rostro, pero le parece atisbar una media sonrisa cínica cuando se vuelve hacia ella. Tiene pinta de no ser buena persona, de estar tramando algo. Quién sabe qué delito está a punto de cometer.

Ajena a él, una mujer joven de cuidada melena y atuendo elegante se afana en su ordenador portátil, tecleando a toda velocidad con sus dedos finos de uñas impecables.

Parece ocupar un cargo importante en la ejecutiva de una gran compañía. Es posible que, en ese mismo momento y sin que le tiemble la mano, esté enviando cartas de despido a algunos de sus trabajadores. Al otro lado del pasillo dos obreros intentan una breve siesta y suspiran de cansancio entre cabezada y cabezada. Llevarán varias horas extras que vete tú a saber si algún día cobrarán. Justo detrás una pareja de ancianos permanecen en situación de alerta temerosos por lo que pueda pasarles; ella, sujeta el bolso fuertemente en su regazo, mientras que su marido mira desconfiado a los demás pasajeros. Ya les habrán asaltado varias veces y empieza a darles pánico hasta salir de casa.

Es como si el mundo se redujera a ese vagón y la humanidad se encarara en cada uno de los personajes que lo pueblan. Allí están presentes todas las clases sociales, los distintos especímenes de la fauna humana, con sus desvelos y sus esperanzas. ¿Y ella? ¿A quién representa ella? ¿A los desahuciados? ¿A los desechos de la sociedad? Se pregunta por un momento qué pensarán de ella los demás pasajeros. Ella ha inventado una vida para cada uno de ellos. ¿Qué vida le inventarían a ella?

Seguro que no serían capaces de imaginar hasta dónde ha tenido que llegar para poder subirse a ese vagón. Involuntariamente, su mente rescata fogonazos de la última noche: el tufo alcohólico de él que delató que estaba en uno de sus momentos débiles, la tensa espera hasta escuchar los agitados ronquidos y la sangre fría para quitarle los pantalones. Sabía que llevaría suficientes billetes encima. Lo llevaba planeando desde que descubrió dónde guardaba las llaves del apartamento y estudió los trayectos del tren hasta su pueblo. Sería capaz de hacerlo. ¡Y lo está haciendo!

Ensimismada en sus propios pensamientos, Selene no se ha dado cuenta de que el tren está realizando su primera parada. No contaba con ello y vuelven los sudores. Algunos pasajeros bajan y otros suben. Podría subir cualquiera... En un gesto mecánico se retuerce las manos y se tira de unas pieles sueltas que tiene cerca de las uñas hasta que un dedo comienza a sangrar. "No va a venir. Esta vez no conseguiré encontrarte", se dice. Pero un nudo le aprisiona la garganta mientras hace esfuerzos por no recordar aquel otro intento, cuando en lugar de subirse al autobús acabó en el hospital. Se toca la rodilla derecha que quedó tocada desde ese día y una lágrima decide asomarse sin su permiso a la comisura de sus párpados. Entonces el tren se vuelve a poner en marcha y procura recobrar la calma al son de su runrún.

En el planeta en miniatura de su vagón apenas se han producido cambios por la parada en esa estación. Se mantienen los mismos pobladores que habitaban su pequeño universo, al que ahora se han sumado una madre y su hija. Es una señora de mediana edad, de piel oscura y pechos generosos que busca asiento entre resoplidos, sin dejar de hablar por su móvil ni un solo momento, con la voz tan alta que todos los demás pasajeros no pueden evitar estar pendientes de su conversación, en la que critica duramente a una hermana suya por el comportamiento que tiene con sus padres. Selene casi sonrío: a ella no tendrá que imaginarle una vida. La niña que la sigue resignada no tendrá más de 10 años. Tiene dos moñetes en lo alto de la cabeza que le dan un aspecto travieso y le faltan varios dientes en la sonrisa con la que obsequia a los pasajeros que cruzan su mirada con ella. ¡Qué deliciosa es la inocencia!

De pronto, Selene cree captar con el rabillo del ojo un movimiento extraño. La sonrisa se le ha congelado en la cara a la niña, que ahora coge a su madre de la única mano que esta tiene libre. Siguiendo la dirección de su atemorizada mirada, Selene se encuentra con el hombre del pelo alborotado y la mueca cínica, que mira a la niña fijamente. Se está frotando sus partes! Selene está a punto de gritar. Solo el pánico que atenaza su garganta se lo impide. Mira a un lado y a otro buscando una salvación, pero nadie parece haberse enterado. Un momento! La pareja de ancianos está mirando en esa dirección y cuchicheando. ¿Harán algo?

¿Se atreverán? Y la ejecutiva también se ha dado cuenta. ¡Sigue con su ordenador! ¡Como si nada hubiera pasado! ¿Qué les pasa? ¿Por qué no le paran?

Selene no puede respirar, se está ahogando. Se aferra al asiento que está delante de ella y siente las manos empapadas en sudor. Intenta decir algo para llamar la atención de la madre, pero no consigue desbloquear sus cuerdas vocales. El miedo empieza a provocarle vértigo y cae en la espiral, ya conocida, de un ataque de pánico. Se siente mareada, la vista se le nubla y le dan ganas de vomitar. No es la primera vez que le pasa. Cuando los golpes eran tan fuertes que temía seriamente por su vida, se bloqueaba de esta manera y no volvía en sí hasta el día siguiente.

- ¿Está usted bien, señorita? -Escucha una voz a su lado.

Con dificultad por la visión en túnel, distingue a un hombre de uniforme dirigiéndose a ella con preocupación. Solo es capaz de señalar en dirección a la niña, que ha comenzado a llorar quedamente.

"Una pompa de jabón, una pompa de jabón..." se repite Selene tratando de serenarse.

Poco a poco comienza a distinguir al revisor con su uniforme azul. Está hablando con la niña, ofreciéndole un caramelo, y ha conseguido por fin que la madre deje su teléfono para prestarle atención. La pequeña ya no llora; ha olvidado la maldad atisbada y ahora abre unos ojos golosos e inocentes; el vagón se ha vuelto a llenar de luz. Selene recobra el aliento. Le cuesta distinguir qué ha sucedido con el hombre del pelo enmarañado, pero parece que ha huido hacia otro vagón. Ellos siempre consiguen escapar.

-¿Está usted mejor?

Avergonzada, le tiende el billete al revisor con un gesto que trata de ser cordial. En cuanto pierde de vista su uniforme azul y se siente con fuerzas, Selene se mira en el cristal de la ventanilla. ¿Tan mal está? Si, tan mal. Tiene el maquillaje emborronando sus rasgos y lágrimas rebeldes salpicando toda la cara. Ellas sí han hablado, no han sabido guardar ni in segundo más de silencio injusto.

Pero así no puede seguir si quiere pasar desapercibida. Coge su bolsa y camina hacia el baño más cercano, justo detrás de su asiento. ¿Qué tenía en la bolsa? Esa pequeña mochila almacena todas sus pertenencias. Y ni siquiera es muy grande. En el diminuto baño se lava la cara con agua fresca como si fuera posible purificar también tantos años de humillaciones y ultrajes. Se recoge el pelo y se cambia la camiseta por una de las pocas que metió en la mochila. De pronto, al mirarse en el espejo de nuevo se reconoce en la joven soñadora que un día abandonó su pueblo, con la cara lavada, la melena recogida en una alegre cola de caballo y un montón de ilusiones en la maleta.

Ahora no le queda ni la maleta ni mucho menos las ilusiones. Pero no importa.

Queda ella. Tendrá que ser suficiente. "Al volver la vista atrás/ se ve la senda que nunca/ se ha de volver a pisar", le recuerda la maestra de sus recuerdos. "Caminante, no hay camino sino estelas en la mar", dice ella en voz alta. Y ella tiene muchas estelas surcándole el alma. Muchas. Pero lo superará. Al menos, tiene que intentarlo.

Sintiéndose más limpia y más joven, Selene vuelve a su asiento y suspira con fuerza.

El tren ha perdido velocidad porque están entrando de nuevo en otra estación. La mujer de piel oscura y su niña pasan a su lado para bajarse y la criatura le sonríe con su boca

desdentada. A Selene se le escapa una sonrisa ilusionada. Quizá también ella pueda olvidar rápido y volver a encontrarle la belleza a la vida. ¿Por qué no?

El ánimo le dura apenas los minutos en los que el tren está detenido. En cuanto comienza de nuevo el traqueteo se da cuenta de que han subido decenas de hombres con traje y muchos de ellos están buscando acomodo en su vagón. ¡Este planeta está completo! ¡No nos hacen falta tantos oficinistas! Pero los hombres no escuchan su voz interior que les grita temiéndose lo peor y lo peor sucede. Uno de ellos se acerca al asiento que está al lado de Selene y le pregunta:

- ¡Puedo?

¿Puede? ¿Que si puede? ¿Que si puede qué? ¡No, no puede! ¿Qué quiere hacerle?

¡Esta vez si gritará!

- Disculpe, ¿le importa?

Selene se da cuenta de su error, coge su mochila y la coloca sobre su regazo. Se queda rígida, mirando hacia delante, con las manos sudorosas y el aliento contenido. Otra vez, la espiral. Se escuchan voces masculinas, fuertes risotadas varoniles, comentarios jocosos y retazos de conversaciones de compadreo. Un escalofrío recorre la espalda de Selene, cuya visión comienza a estrecharse de nuevo. Así conseguía evadirse, no sufrir en su interior las vejaciones que sufría su cuerpo, sino distanciarse de él como si no fuera el suyo. Su mecanismo de defensa, no obstante, no consigue establecer una barrera para los olores y el aroma de una fragancia viril la golpea hasta hacerle sentir arcadas. Es el hombre que está a su lado, a solo unos centímetros de ella. Selene cierra los ojos e intenta concentrarse:

"Como una pompa de jabón...".

El pitido del tren le despeja el embotamiento al cabo de un tiempo indefinido y se da cuenta de que los hombres se han bajado en una agitada estación de provincias con una industria probablemente muy floreciente. La han dejado sola. Sin decirle nada. Sin pedirle nada. Sin hacerle nada.

Tarda en comprender y en aceptar su nueva realidad, pero la imagen de la ventanilla no da lugar a equívoco. Es una joven agradable con un futuro prometedor. Nadie ve en ella a una prostituta, nadie la trata como una esclava sexual; es libre. Dejándose mecer por el suave traqueteo del tren, siente una emoción extraña, distinta, un sentimiento que hace muchos años que no encuentra lugar en su corazón. Es la esperanza. Se siente, por fin, ingrávida como una pompa de jabón y respira hondo para encontrar fuerza con la que seguir afrontando los retos de cada día. Golpe a golpe, verso a verso.